

CAPITULO IV

EL DUQUE DE VALENTINOIS

El asesinato del duque de Gandía, es el fondo sangriento sobre el que se destaca por primera vez en plano principal la figura de César. Hasta entonces el joven cardenal no había pasado de ser un instrumento en manos del pontífice, como cuando le sirviera de rehén cerca del rey Carlos VIII; pero a partir del sombrío episodio antes mencionado, los papeles empiezan a cambiar, hasta que finalmente es Alejandro el que se torna en instrumento sabiamente manejado por las expertas manos de su hijo.

La muerte de Juan de Gandía fué extremadamente misteriosa. El 14 de junio de 1497, pocos días después de haber sido favorecido este último por el papa con el título de duque de Benevento — con lo que en sus sueños ambiciosos, Alejandro pensaba abrir para su hijo predilecto una vía hasta el trono de Nápoles — la Vannozza invitó a comer con ella a César y a Juan. Ambos hermanos salieron juntos de casa de su madre, desapareciendo el mayor esa misma noche sin dejar la más leve huella. Su cuerpo fué sacado del Tíber tres días más tarde, con señales de heridas que denotaban bien a las claras cuál había sido su género de muerte, y el rumor público indicó bien pronto a César como el matador. En cuanto al papa, cayó, al conocer el asesinato, en el más profundo de los pesares, ordenando que se hiciera una investigación hasta conocer el nombre del culpable. Pero poco tiempo después cesó toda búsqueda, quedando detenido el proceso y sin descubrir el misterio; lo más verosímil es, por cierto, que Alejandro conociera

ya el nombre del asesino y que desease ignorarlo oficialmente al menos. En esta forma se transformó en el cómplice moral de la muerte de su hijo, ya que estando en su mano el infligir el castigo, prefirió dejar impune aquélla. «Según la opinión general de la época y según todas las probabilidades — dice Gregorovius — César era el matador de su hermano. Desde el momento en que Alejandro VI, habiendo visto este crimen, asumió los motivos y las consecuencias perdonando al asesino, él se transformó en su cómplice moral y cayó bajo la dominación de su terrible hijo» (1). Tan sorprendente transformación no hace más que poner de relieve la tremenda fascinación que ejercía sobre los espíritus el futuro señor de la Romaña. Es de suponer cuán violento sería el deseo de Alejandro de vengar la muerte del duque de Gandía, a quien él mismo había escogido para que fuera, al mismo tiempo que el brazo armado de la Iglesia, el más poderoso de entre los suyos; y sin embargo, al conocer la culpabilidad de César, no sólo lo perdona y protege, sino que, como veremos más adelante, casi inmediatamente le colma de honores y le otorga todos los títulos del muerto. Quedaría aún por hacerse una pregunta: ¿era sincero el sufrimiento del papa? En hombre tan completamente dado al fingimiento, no hubiera sido extraño que fuese la de su dolor una comedia, impuesta por las conveniencias. Pero puede casi asegurarse lo contrario; si hay una pasión verdadera en este hombre, ella es, sin duda ninguna, el amor por sus hijos, que lo dominó toda la vida y al cual sacrificó todo cuanto pudiera serle sacrificado. Y tan real fué su dolor a la muerte del duque de Gandía, que pareció meditar por primera vez sobre la culpable existencia de crápula y de crimen que llevaba en

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 198.

su corte del Vaticano; hizo confesión pública de sus delitos, y no parando en esto sus deseos de dar vehementes pruebas de arrepentimiento, nombró una comisión de cardenales con el objeto de que examinara los dogmas religiosos y la organización de la Iglesia y aconsejara luego las reformas que a su juicio eran necesarias para devolver a esta última el prestigio que había perdido por sus continuos excesos. Las proposiciones formuladas por la comisión fueron bastante semejantes a las que la Iglesia tuvo que resignarse a aceptar en el Concilio ecuménico de Trento, después de haber padecido el látigo justiciero del libre examen encarnado en la Reforma. Como es natural, no se trató más de ellas, porque al expedirse la comisión ya el arrepentimiento del papa había desaparecido, volviendo la vida a sus antiguas normas en el palacio de San Pedro.

Entre tanto, César había partido a Capua en el mes de julio, coronando en carácter de cardenal-legado al nuevo rey de Nápoles don Federico, tío de Ferrantino y último príncipe de la familia de Aragón. Para septiembre él se hallaba de vuelta en Roma. César no quería aún demostrar sus verdaderos proyectos y continuaba conservando su alta posición eclesiástica; pero el papa trabajaba ya por asegurarle una no menos efectiva para cuando su hijo se decidiera a abandonar aquélla, que molestaba a sus deseos. De entre todas las alianzas posibles, ninguna se ofrecía a los ojos de César tan fácil ni tan provechosa como un matrimonio con la casa reinante de Nápoles. Efectivamente, la dinastía de Aragón, aunque había vuelto a ocupar el trono una vez expulsados los invasores franceses, se hallaba en un estado tal, que se advertía fácilmente cómo se aproximaba a su fin. Casado César con una princesa napolitana, hubiera figurado en la línea directa de la sucesión, y es muy probable que, de hallarse en esta situación, Ale-

jandro se habría separado definitivamente de Francia y España. Pero tal proyecto no llegó a ser realizado. El pontífice pidió al rey Federico para César, todavía cardenal, la mano de su hija Carlota, nacida de una princesa de Saboya y que había sido educada en la corte de Francia. Razones evidentes de conveniencia política aconsejaban la aceptación de la propuesta, pero Federico prefirió rehusar, atrayéndose en esta forma el desfavor papal, ya que Alejandro no habría de perdonarle el desprecio hecho a César.

Sin duda con el propósito de apaciguar al ofendido pontífice, consintió el rey en la unión de Alfonso, vástagos ilegítimo de su familia, con Lucrecia, libre otra vez por la reciente disolución de su primer matrimonio. Era este joven príncipe hijo natural de Alfonso II y hermano, por consiguiente, de doña Sancha, la esposa de Godofredo. En la época de su matrimonio con Lucrecia, Alfonso no contaba más que diez y siete años; su esposa, un año mayor que él, tenía diez y ocho. El casamiento no debía llevarse a cabo sin el consiguiente escándalo, motivado nuevamente, como en la primer unión de ésta con el señor de Pésaro, por las reclamaciones de don Gaspar de Prócida. Este último renovaba ahora sus pretensiones, considerándose siempre con derechos adquiridos a la mano de Lucrecia. En junio de 1498 el papa declaró entonces por un primer breve que ella había cometido un perjurio casándose con Juan Sforza, puesto que estaba prometida a don Gaspar; y por un segundo breve (cuyo original se encuentra en los archivos de Módena), declaró disuelto su matrimonio regular con el mismo don Gaspar, devolviendo a Lucrecia la libertad para tomar otro esposo, y en virtud de su suprema autoridad, absolviéndola de su perjurio. Desligada en esta forma de todos sus anteriores noviazgos y matrimonios, la hija del papa pudo contraer otro nuevo, que

tuvo lugar en el Vaticano el 20 de junio de 1498 (1). Cuarenta mil ducados constituían la dote de Lucrecia; en cuanto a su marido, su tío el rey de Nápoles le había otorgado el ducado de Biseglia, comprendiendo las villas de Quadrata (hoy Corato) y de Biseglia (hoy Bisceglia). Ambos esposos permanecieron en Roma, pues el papa había tenido buen cuidado de especificar que mientras él viviera, Lucrecia no podría ser obligada a marchar al reino de Nápoles.

César en tanto creía llegado el momento de despojarse de sus vestiduras sacerdotales, que siempre había mirado con disgusto. El 13 de agosto de 1498, depuso la dignidad de cardenal (2), siendo nombrado entonces por su padre capitán general y gran gonfaloniero de la Iglesia. César tenía entonces 22 años; en la plenitud de su vigor y de su audacia, no tardó en tornarse el verdadero árbitro de la política de la Santa sede. Su padre le admiraba al mismo tiempo que le temía, y el ascendiente ejercido por la seducción de César sobre el espíritu del papa fué bien pronto absoluto. Había asesinado a su propio hermano para poder cumplir el plan que se trazara, y ya no debía tenerse ante ningún obstáculo que se opusiese a esa inmensa fuerza de su ambición que, de no haber caído tan pronto, quién sabe hasta qué alturas le hubiese llevado.

El momento político era el más propicio para llevar a cabo sus designios. De las grandes dinastías de la península, los Sforza de Milán tenían su prestigio amenguado y casi podríamos decir anulado desde la invasión del rey Carlos VIII; los Médicis habían sido expulsados de Florencia, constituyéndose esta última en república; en cuanto a

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 207.

(2) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 211.

la casa de Aragón, reinante en Nápoles, además de que se hallaba próxima a extinguirse, se veía amenazada a la vez por la doble ambición de Francia y España. Los Borgia, en cambio, veían despejarse el horizonte, y no habiendo sacado más que ventajas de la invasión francesa, que había arruinado a las otras casas, abrigaban fundadas esperanzas de seguir aumentando su poderío. Decimos los Borgia y no la Iglesia, porque creemos que si es posible que Alejandro VI pensara durante la primera parte de su pontificado en consolidar el poder temporal, a partir del momento que estudiamos, ya su lucha no tuvo otro aliciente que el engrandecimiento de César; y en cuanto a este último, la conquista de los Estados pontificios no era más que la máscara con que cubría su intención real de crearse un reino para sí, habiéndolo obtenido la Iglesia solamente por el fracaso de sus planes y su prematura muerte. Desde que César tomó la dirección de los asuntos del Vaticano con su energía característica, éste inició una política de conquista perfectamente definida. Esta conquista debía ser la obra del talento de César.

Su alianza con la casa reinante de Nápoles había fracasado, pero un acontecimiento imprevisto vino a abrirle nuevas perspectivas hacia el lado de Francia. En abril de 1498 había muerto repentinamente Carlos VIII, víctima de un accidente, y un lejano primo suyo, el duque de Orleans, le sucedió en el trono con el nombre de Luis XII, ya que el hijo único de Carlos había muerto antes aun que su padre. Una vez en el trono, Luis XII manifestó el deseo de divorciarse de su esposa, Juana de Francia, con quien le habían obligado a casarse durante su primera juventud, para contraer nuevo matrimonio con la princesa Ana de Bretaña, viuda de su predecesor. El único que podía dejarle libre era el papa, el cual encargó el asunto a una

comisión, que de acuerdo, naturalmente, con los deseos de aquél, decidió en favor de Luis XIII. César fué encargado por Alejandro VI de llevar a París la bula que autorizaba el divorcio. Pero antes de su partida se produjo un hecho bastante importante para los intereses papales, como fué la reconciliación de los Borgia con los Orsini. Transcribimos a este respecto la cita de Gregorovius que expone sintéticamente las causas de la política seguida por el papa. Dice el historiador de Lucrecia : « Después de haber terminado victoriamente su guerra con el papa, estos barones (los Orsini), habían sostenido en la primavera de 1498 contra sus enemigos tradicionales los Colonna una lucha furiosa que terminó con la derrota de estos últimos. Las dos casas habían llegado en julio a una reconciliación, que Alejandro veía con una gran inquietud, porque la enemistad recíproca de las dos familias más poderosas de Roma era una condición esencial de la dominación temporal del papa sobre esta ciudad, en tanto que su alianza le exponía a los mayores peligros. Por ello Alejandro trató de romper este acuerdo, consiguiendo unir a sus intereses a los Orsini, que no debían de tardar en arrepentirse. Los ganó tan bien, que ellos se aliaron por matrimonio con los Borgia en septiembre de 1498 » (1).

El 1º de octubre, César Borgia se embarcaba para Francia con un brillantísimo cortejo, al que Alejandro VI había consagrado sumas reales. Luis XIII, en pago de la bula y de la alianza pontifical, le concedió entonces el ducado de Valentinois en el Delfinado, con una renta de 20.000 libras y el sueldo de una compañía de 100 lanzas. El nombre de este ducado es el que va más comúnmente unido al nombre de César; él era llamado casi siempre en Italia *Il*

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 213.

duca Valentino, y Maquiavelo mismo, en uno de sus párrafos, dice : « ...cuando el duque Valentino, que así llamaban vulgarmente a César Borgia, hijo del papa Alejandro, ocupaba la Romaña » (1). La unión entre el rey de Francia y César estrechóse todavía más por el casamiento del último con una princesa francesa, Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra, el 12 de mayo de 1499, tomando él entonces el nombre de César Borgia de Francia. Con tales favores otorgados a César, el papa abandonóse por completo a la política de Luis. Ya mencionamos en el capítulo anterior al tratar de la invasión de Carlos VIII, las pretensiones que abrigaba sobre el Milanesado el entonces duque de Orleans; una vez sobre el trono de Francia, Luis XII aspiraba abiertamente a la conquista de ese importante ducado italiano. César comprendió entonces que poniéndose de acuerdo con el rey de Francia sobre este punto, podría conseguir de él ayuda en armas y hombres para su proyectada conquista de la Romaña. Ya Venecia se había aliado con Luis XII para ayudarse mutuamente en sus empresas sobre la alta Italia. Maquiavelo expone con gran claridad esta liga diciendo : « Luis fué llamado a Italia por la ambición de los venecianos, que querían valerse de él para apoderarse de media Lombardía » (2). Alejandro VI entró también en la liga con la promesa de que Luis XII daría a César los auxilios que necesitaba para dominar a los señores feudales vasallos nominales de la Iglesia romana. Al conocerse en Roma la nueva dirección que tomaba la política papal, el cardenal Ascanio Sforza, considerando como segura la pérdida de Milán y aun como amenazada su propia vida, huyó a Genezzano en julio de 1499.

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 20.

(2) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 15.

Alfonso de Biseglia, el marido de Lucrecia, huyó también de Roma en agosto. En realidad se ignora cuáles fueron las causas que determinaron al joven (casado hacia ya un año con Lucrecia), a tomar esa actitud, pero es casi fuera de duda que ella se debió a los últimos acontecimientos que se habían desarrollado entre Francia e Italia. En efecto, la liga recientemente formada tenía por objeto, no sólo echar de Milán a Ludovico el Moro, sino también conquistar el reino de Nápoles, desde que en el pensamiento de Luis, su invasión debía ser la continuación de la de Carlos. Por otra parte, el papa estaba muy interesado en la perdida del rey Federico, que había ofendido gravemente a César negándole la mano de Carlota; todos estos hechos conocidos de Alfonso le hicieron sin duda apreciar como peligrosa su estada en el Vaticano, determinándole a huir.

El 6 de octubre de 1499 los franceses ocupaban a Milán. El duque Ludovico, sin fuerzas para oponer una resistencia eficaz a las tropas combinadas de Francia y de Venecia, había huído al Tirol, buscando refugio junto al emperador Maximiliano. El duque de Valentinois venía también con las tropas francesas, mandadas por el mariscal D'Aubigny, Luis de Luxemburgo y Juan Jacobo de Tribulzio (1). Luis XII abandonó la Italia a principios de noviembre, después de haber recibido el juramento de fidelidad de los milaneses, dejando en Lombardía como su representante al mariscal Tribulzio (2). La dominación de los franceses en la ciudad fué de corta duración, pues la población se hallaba indignada con los excesos de las tropas en toda la Lombardía, y bien pronto los milaneses, que se habían apresurado a recibir con grandes muestras de

(1) Mereshkowsky, *op. cit.*, pág. 193.

(2) Mereshkowsky, *op. cit.*, pág. 205.

júbilo al rey de Francia, deseaban el regreso de su antiguo tirano Ludovico Sforza. Por fin tomaron los milaneses una actitud hostil, hasta que la noche del 1º de febrero de 1500, Tribulzio abandonó secretamente la ciudad de Milán; el Moro, que regresaba de Alemania entre las aclamaciones de los lugares por donde atravesaba, entró nuevamente en Milán el 4 de febrero. Pero su nuevo reinado debía ser breve: a fines de marzo, el ejército francés a las órdenes del señor de la Tremouille, pasaba nuevamente los Alpes, disponiéndose a reconquistar el Milanesado, y a principios de abril esperábbase con impaciencia que bajo los muros de Novara se trabase la batalla que sería decisiva para la suerte de la Lombardía. Sin embargo, a último momento una defeción de los suizos del Moro, comprados por Tribulzio con la promesa de mejores pagas, impidió que se librara el combate, saliendo Ludovico de Novara disfrazado de monje con el objeto de ponerse en salvo. Reconocido, fué llevado a Francia, donde permaneció prisionero hasta su muerte.

Refiriéndose a este mismo asunto, dice Maquiavelo: « Pronto recupera el rey a Lombardía y con ella la fama que Carlos había perdido. Sométese Génova, los florentinos obtienen su amistad, y todos se apresuran a pedírsela: el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio (señores de Bolonia), la condesa de Forli, los señores de Faenza, Pésaro, Rímini, Camerino, Piombino, los de Luca, Pisa, Siena, etc. Entonces reconocieron los venecianos la imprudente temeridad de su resolución, pues por adquirir dos plazas en Lombardía, dejaban al rey de Francia adueñarse de las dos terceras partes de Italia » (1). Como vemos, todos los señores de la Romaña se habían apresurado

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 16.

a ponerse bajo la alta protección del rey de Francia. Nos detenemos en el estudio de esta expedición francesa de la alta Italia, porque ella ha sido tratada con gran detenimiento por Maquiavelo en uno de los capítulos de *El príncipe* (1), y está íntimamente conexionada con la conquista de la Romaña, iniciada por César Borgia en noviembre de 1499. El secretario florentino analiza sagazmente los errores cometidos en Italia por el monarca francés, indicando que la verdadera política de este último hubiera estado en ayudar y proteger a los pequeños Estados para hacerse fuerte en esa forma contra las potencias peligrosas, es decir, la Iglesia y los venecianos. Y agrega más adelante: «Empero así que estuvo en Milán (Luis XII), siguió una marcha muy contraria: ayudó al papa Alejandro a invadir la Romaña, sin notar que con ello se debilitaba a sí mismo, privándose de amigos que se habían arrojado en sus brazos; que engrandecía a la Iglesia añadiendo a lo espiritual, que tanta fuerza da a la potencia romana, lo temporal de un Estado por demás considerable. Cometida esta primera falta, vióse forzado a proseguirla, hasta que para poner límites a la ambición del mismo Alejandro y para que no se apoderase de Toscana, tuvo que volver a Italia» (2).

Efectivamente, como veremos en el siguiente capítulo, César había aprovechado con exceso la ayuda que le prestara Luis, dominando uno tras otro en poco tiempo a todos los tiranos de los Estados pontificios.

Mientras su hijo hacía la guerra en la Romaña, Alejandro VI trataba de apoderarse de los bienes hereditarios de los barones. «Atacó en un principio a los Gaetani. Esta

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, cap. III, *De los principados mixtos*.

(2) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 17.

célebre familia se hallaba en posesión desde fines del siglo XIII, de territorios considerables en la campaña romana y en la Marisma. Ella se dividía en varias ramas, de las cuales una dependía de Nápoles. Los Gaetani de esta villa eran en efecto duques de Traetto, condes de Fundi y de Caserta y, por consiguiente, vasallos y grandes dignatarios de la corona de Nápoles » (1). Sus dominios comprendían la antigua villa de Sermoneto, con un castillo ubicado sobre las primeras estribaciones de la montaña, y la fortaleza de Norbà, siendo dueños también de la mayor parte de los territorios atravesados por la vía Apia que continúan hasta el mar los pantanos pontinos. En el año de 1499 los jefes de la casa de Sermoneto eran Guillermo Gaetani y el protonotario Giácomo. El papa se ingenió para atraer a Roma el protonotario, y una vez que lo tuvo en su poder, lo encerró en el castillo de Sant'Angelo haciéndolo procesar, en tanto que Guillermo, más feliz, conseguía huir a Mantua. Los mercenarios a sueldo de los Borgia asaltaron entonces a Sermoneto, que no cayó en sus manos sino después de una porfiada resistencia, degollando la soldadesca a algunos otros descendientes de la familia Gaetani. En esta forma pasaron a poder de Alejandro, Sermoneto, Basiano, Ninffa, Norma, Tivera, Cisterna, San Felice y San Donato, localidades estas últimas que fueron confiscadas a los Gaetani so pretexto de su rebelión. Ellas fueron bien pronto vendidas por Alejandro a Lucrecia en la suma de 80.000 ducados, habiendo sido autorizada esta venta por la Cámara apostólica a despecho de las desesperadas protestas que desde su prisión hacia el protonotario Giácomo, que finalmente, molestando demasiado al sumo pontífice, fué envenenado en julio del año 1500. Lucrecia poseía ya a Spoleto

(1) Gregorovius, *op. ct.*, tomo I, pág. 225.

y a Nepi, que le habían sido cedidos anteriormente por el papa; esta última venta, realizada en febrero de 1500, la hizo también dueña de Sermoneto.

Tales concesiones hechas a Lucrecia fueron vistas con malos ojos por el duque de Valentinois, que habiéndose apoderado ya de Imola en diciembre de 1499, consideraba como peligrosa para sus propios proyectos la influencia creciente de su hermana en el Vaticano. Era indispensable que él solo fuese el dueño de las voluntades de su padre, si quería seguir victoriosamente hasta la meta final de sus deseos. El descontento de César no tardó nada en manifestarse, haciendo su víctima al joven príncipe napolitano marido de Lucrecia. La huída de éste a Genezzano había sido de corta duración, pues desgraciadamente para él, se había decidido a obedecer las órdenes del papa, reuniéndose nuevamente con su mujer. A principios del año de 1500, se hallaba con ella en Roma celebrando las fiestas del Jubileo.

Estas fiestas vinieron a favorecer en gran escala los proyectos de los Borgia; en efecto, César necesitaba gran cantidad de oro para seguir adelante con sus operaciones en la Romaña, no pudiendo ser la ocasión más propicia para conseguirlo. Roma se hallaba llena de peregrinos que afluían de todas las partes de Europa, cada uno de los cuales hacía su correspondiente ofrenda. La venta de indulgencias, especie de letras a la vista sobre el Paraíso, se elevó hasta doble suma que la de costumbre; fueron creados doce cardenales nuevos que pagaron el capelo al precio de diez mil ducados cada uno, y el tráfico en materia de beneficios alcanzó proporciones escandalosas, sin precedentes conocidos. Las arcas papales se vieron entonces repletas, y todo este dinero fué a parar directamente a manos del conquistador de la Romaña.

César decidió entonces remover un obstáculo que hacía algún tiempo deseaba hacer desaparecer, y la muerte del duque de Biseglia quedó decidida. La causa de su asesinato fué que César deseaba disponer de Lucrecia para hacerla contraer un matrimonio provechoso para él mismo. Por lo demás, la creciente influencia y poderío de la casa Borgia, habían tornado, del mismo modo que antes con el señor de Pésaro, insignificante la alianza de la hermana del duque de Valentinois con un príncipe napolitano. Sin embargo, esta segunda unión de Lucrecia no podía ser disuelta tan fácilmente como la primera, desde que la joven duquesa había tenido un hijo. Este primer hijo de Lucrecia nació el 1º de noviembre de 1499, recibiendo, al ser bautizado, el nombre del papa, Rodrigo. El divorcio no era, pues, factible, por no existir causa suficiente, o por lo menos aparente, para pronunciarlo.

Había que hacer uso de otro medio, y el 15 de julio de 1500, Alfonso fué atacado en las escaleras mismas del Vaticano por asesinos armados de puñales. Aunque herido gravemente, éste no murió, y el vigor de su naturaleza, unido quizá a su extremada juventud, le hizo entrar bien pronto en una franca mejoría. El embajador veneciano escribía el 19 de julio a la Señoría : « Se ignora quién ha herido al duque, pero se dice que es la misma persona que asesinara al duque de Gandía, arrojándolo luego al Tíber » (1). Como vemos, el rumor popular señaló inmediatamente a César como autor del crimen. El, por su parte, acogía estos rumores con una indiferencia y una despreocupación perfectas, hasta el punto de llegar a decir al embajador antes citado con un « humour » escalofriante : « No he sido yo quien ha herido al duque, pero él mere-

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 272.

cería bien que lo hubiera hecho.» Pero no entraba en los planes de César que su víctima sobreviviera; «lo que no ha resultado al mediodía puede tener lugar a la tarde», había dicho al darse cuenta del restablecimiento del herido, y el 18 de agosto lo hizo estrangular en su propia cámara por Micheletto, uno de sus *bravi*. El cadáver fué enterrado en San Pedro sin ninguna ceremonia fúnebre. Por lo demás, el gran gonfaloniero de la Iglesia, que no necesitaba ocultarse para ejecutar lo que conviniera a su política, declaró públicamente qué había hecho matar al duque Alfonso porque este último había intentado también asesinarlo.

La participación que tuvo el papa en la muerte del marido de su hija, es cosa que permanece ignorada. Según Gregorovius, las relaciones del embajador de Venecia indican que Alejandro había querido salvar a su yerno, cuya muerte no deseaba (1); pero si esto pasó en realidad así, el papa no se atrevería a oponerse a los designios de su hijo, o este último haría caso omiso del papa. Por lo demás, habiéndole ya perdonado la muerte de don Juan, era poco lógico que fuera a enemistarse con César por la muerte de Alfonso, aun habiendo sido ésta cometida contra su voluntad. Lo más probable es que Alejandro ayudara a César, no siendo las manifestaciones de solicitud que hizo en torno del duque herido más que una hábil comedia, semejante a tantas otras que el pontífice había ya representado. Dominado como se hallaba por la voluntad de su hijo, sometido por completo a él, Alejandro VI fué sin duda, según lo hacen suponer todos los indicios, cómplice en el crimen cometido. Algunos años más tarde, en 1504, y siendo ya papa Julio II, Micheletto, uno de los ca-

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 273.

pitanes del duque de Valentinois, confesó en la tortura que había sido el mismo Alejandro quien ordenara la muerte del duque de Bisegliaia (1). Es cierto también que no es posible apoyar conjeturas muy serias sobre un testimonio obtenido por medio del tormento.

La ruptura con Nápoles era de todos modos un hecho; esto colocaba al papa en condiciones de poder dar su sanción al tratado secreto firmado entre Francia y España probablemente en noviembre de 1500, pero publicado recién en julio de 1501, por el cual ambas potencias pactaban la repartición de Nápoles. El pretexto para disimular o justificar este robo basado en la ley del más fuerte (aspecto por lo demás común a todas las empresas de conquista de todos los tiempos), era el bien fútil de las relaciones amistosas existentes entre el rey Federico y el sultán. En cuanto a la sanción dada por Alejandro a esta actitud, lo más probable es que se viera obligado a ello por las circunstancias y no que obrase libremente, pues era contrario a las conveniencias políticas del papado el establecimiento en sus mismas fronteras de dos vecinos tan temibles y exageradamente poderosos, como lo eran las potencias antes mencionadas. Parece acertado pensar que al serle imposible impedir este hecho, trató en la forma que analizamos de asegurarse algunas compensaciones. La conquista de Nápoles fué llevada a cabo con extraordinaria rapidez; al cabo de un mes apenas, la partición estaba hecha, correspondiendo a España la Apulia y la Calabria.

El apoyo que Alejandro diera a la empresa, se vió premiado por Francia, que con la presión ejercida por su ejército acampado cerca de Roma sobre los tumultuosos barones Colonna y Savelli, permitió a aquél abatirlos com-

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo II, pág. 207.

pletamente. Los Colonna hubieron de rendir sus castillos y abandonar sus posesiones, hechos que colmaron de júbilo al papa, ya que aquellos, juntamente con los Orsini, habían constituido siempre una de las más serias preocupaciones a la vez que un continuo peligró para la Santa sede.

El 27 de julio de 1501 él se presentó en persona en Sermoneto, habiendo dejado antes de su partida plenos poderes a Lucrecia para reemplazarlo en todos los asuntos del Vaticano, aun en la presidencia del Consistorio de cardenales. Es de advertir que en esta época ella sólo tenía veintiún años.

Los negocios del papa iban viento en popa : el duque César se apoderaba rápidamente de la Romaña ; había caído en Nápoles la dinastía de Aragón, y él acababa, con la ayuda de Francia, de someter a los más poderosos señores del Lacio.

Aumentaba su satisfacción el éxito obtenido en diciembre del mismo año de 1501 en las complicadas maniobras que había estado realizando con el objeto de conseguir que se efectuase un tercer matrimonio de Lucrecia con Alfonso de Este, hijo del poderoso duque Hércules de Ferrara y heredero de su padre en el trono ducal.

A la muerte de su marido el duque de Biseglia, Lucrecia había dado muestras de un profundo dolor, completamente sincero, enviándola entonces su padre a pasar una temporada en el castillo de Nepi para que allí llorara libremente su desgracia. Pero bien pronto ella se olvidó completamente del joven asesinado, demostrando así una vez más la ligereza propia de su espíritu ; y apenas transcurrido un año de la tragedia, había vuelto a ser la mujer graciosa, frívola y sonriente, ornamento a la vez que instrumento de la casa Borgia. « Sus lágrimas se secaron tan rápidamente — dice uno de sus biógrafos — que al cabo

de un año tan sólo, nadie hubierea reconocido en esta joven sonriente la viuda de un marido caído bajo los golpes de un asesino y sinceramente llorado » (1). Una alianza con la gran casa de los duques de Ferrara era por cierto perspectiva más que tentadora para los Borgia. Alfonso de Biseglia fué asesinado en agosto de 1500, y ya en noviembre de ese año se hablaba del nuevo matrimonio, cuyas ventajas explicaban los grandes trabajos que se tomó Alejandro hasta conseguir que se llevara a cabo. Efectivamente, por este medio César se aseguraba « no solamente la posesión de la Romaña, siempre amenazada por la república de Venecia, sino que él aumentaba las probabilidades de realización de sus proyectos sobre Boloña y Florencia. Esta unión atraía hacia los intereses de los Borgia, al mismo tiempo que la dinastía de Ferrara, los soberanos de Mantua y de Urbino, aliados a ella por sus matrimonios. Podía también venir a ser el punto de partida de una gran liga que abrazara a Francia, el papa, los Estados de César, Ferrara, Mantua y Urbino; y esta confederación hubiese sido lo bastante fuerte para poner a Alejandro y a su casa al abrigo de todos sus enemigos » (2). Por cierto que si las ventajas de este proyecto eran inmensas, las dificultades que se presentaban para su realización lo eran también. El más importante de los obstáculos, dejando de lado la repugnancia que por tal casamiento experimentaba el mismo Alfonso de Ferrara, lo constituía el rey de Francia, Luis XII, que acariciaba el plan de desposar a Luisa, viuda del duque de Angulema y princesa real de Francia, con el joven heredero de Ferrara. Sin embargo, tampoco convenía a Luis tener por enemigo al papa, ya que, des-

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 290.

(2) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 309.

arrollándose paralelamente en esta época (mediados de 1501), los acontecimientos a que nos hemos referido más arriba sobre la conquista de Nápoles, él necesitaba hacer pasar sus tropas de Toscana atravesando los Estados pontificios, cosa imposible de obtener sino se encontraba en buenos términos con Alejandro VI. Este último, por su parte, trataba por todos los medios de convencer a la corte de Ferrara de que su alianza no le reportaría más que beneficios, presentándole como seguros si se aceptaba la propuesta papal, la tranquilidad y el engrandecimiento de los Estados de Ferrara; y si se rechazaba, la enemistad del papa y de César, y muy probablemente también la del rey de Francia, ya que este último había concluído por dar su asentimiento. Es fácil imaginar dada la marcha de los asuntos políticos, que tal consentimiento fué el precio puesto por Alejandro a su aprobación del indigno tratado de repartición de Nápoles firmado entre Francia y España.

Luis XII dió comienzo entonces a una doble diplomacia que nada tenía que envidiar a la tortuosa diplomacia italiana, pues mientras por sus embajadores insistía cerca de Hércules de Este para el consentimiento, secretamente le aconsejaba no ceder y mantenerse hasta que él estuviera nuevamente en Lombardía, continuando en sus promesas de la mano de la duquesa de Angulema para Alfonso. El papa llegó hasta las amenazas directas con el fin de conseguir su propósito, dando a entender que se apoderaría de los Estados del duque de Ferrara si éste no consentía en el matrimonio. Por último, el 8 de julio de 1501, el duque Hércules hizo manifestar a Luis XII que estaba dispuesto a conformarse a su deseo siempre que pudiera entenderse con el papa respecto a las condiciones. Pero apenas el proyecto de matrimonio fué conocido por todo el mundo, la alarma fué de tales proporciones, que el

mismo emperador Maximiliano tomó intervención en el asunto. Efectivamente, el acrecentamiento del poderío papal constituía por lo menos una amenaza para las potencias italianas y un serio motivo de preocupación para las extranjeras. Bolonia y Florencia, siempre codiciadas por César, ya duque de Romaña, vieron en esta alianza la forma de que aquél pudiera cumplir sus planes sobre ellas; en lo que respecta a Venecia, esta república que se hallaba en mal pie con Ferrara y que desde antiguo tenía pretensiones sobre las costas de la Romaña, debía por fuerza considerar con marcado descontento semejante matrimonio, más aun si se tiene en cuenta que se creía todo el asunto obra de la ambición de César. Francia y España, al parecer favorables, eran en realidad hostiles en el fondo; la primera muy especialmente por las razones que hemos indicado más arriba. Pero el más irritado de todos era Maximiliano. «Ferrara comenzaba a adquirir la importancia política que había tenido Florencia en tiempos de Lorenzo de Médicis; su cooperación era por lo tanto de demasiado valor para que el emperador pudiese ver con indiferencia la alianza estrecha de este Estado con el papa y con la Francia. Por otra parte, Maximiliano tenía por esposa a Blanca Sforza, y otros miembros y partidarios de esta casa, todos enemigos encarnizados de los Borgia, se hallaban en la corte alemana» (1).

Tales eran los intereses políticos que el nuevo matrimonio de la hija del papa venía a agitar y a conmover. Las negociaciones en tanto marchaban extremadamente despacio, pues las condiciones impuestas por el duque de Ferrara eran por cierto excesivas, ya que solicitaba que Lucrecia llevase a su esposa una dote más considerable aún

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 338.

que la de Blanca Sforza y además la liberación del censo anual que pagaba a la Iglesia en su carácter de feudatario; la cesión de Cento y de Pieve, villas que dependían del arzobispado de Bolonia; la cesión de Porto Cesenatico, y muchos otros beneficios en favor de la familia Este. A pesar de todo, el papa se hallaba tan deseoso de que el matrimonio se verificara, que trató por cuantos medios tenía a su alcance de que quedaran zanjadas las dificultades. La dote fué fijada en trescientos mil ducados y además se dió a Ferrara un documento en regla por el cual se acreditaba la remisión del tributo que pagaba a la Santa sede durante tres generaciones.

El contrato de matrimonio fué por fin firmado en septiembre de 1501, y en diciembre del mismo año el duque Hércules enviaba el cortejo nupcial para buscar a su nuera en la corte pontificia.

El hijo de su anterior marido quedaba en Roma, habiéndose ocupado Alejandro algún tiempo antes de asegurarle su futura situación. Para esto, dividió los territorios arrebatados a los barones romanos, en dos provincias : Nepi y Sermoneto, a las que luego erigió en ducados, concediendo el segundo a su nieto Rodrigo. Lucrecia, que era la soberana de esas posesiones, había renunciado previamente a su dominio por orden del papa. El niño, que quedaba bajo la tutela de dos cardenales, era también dueño de Biseglia, herencia de su padre el infeliz príncipe de Nápoles. Pero como allí dominaban actualmente los reyes españoles, era preciso que ellos ratificaran esa posesión, y así en enero de 1502 Fernando e Isabel dieron plenos poderes a su embajador en Roma para hacer a Rodrigo dueño del ducado de Biseglia y de la villa de Quadrata. El hijo de Lucrecia llevó desde entonces los títulos de Rodrigo Borgia de Aragón, duque de Biseglia y de Sermoneto y